

La «Relación» inédita de Pedro López

Un cronista imaginativo

GUILLERMO LOHMANN VILLENA

Aunque el manuscrito que ahora se redime de su condición de inédito no es en rigor una crónica, sino más bien un conjunto de impresiones de viaje, no es impropio sumar el nombre de su autor a la falange de los cronistas clásicos de la Conquista del Perú, y en particular de los que nos informan sobre las dramáticas etapas de las contiendas promovidas por Gonzalo Pizarro y Francisco Hernández Girón. Con aquella «poca habilidad y mal rromanze» de que se duele, entretejió el Capitán Pedro López una desgarrada narración de sus andanzas y peripecias por el escenario que se dilata desde el istmo de Panamá hasta los confines australes del Continente.

No hay inconveniente en admitir que esta «Relación» ocupará por cierto un lugar no muy preeminente en el elenco de los testimonios históricos de la colonización de nuestro Hemisferio. Es apenas una estrella de segunda o de tercera magnitud, ya que el relato de Pedro López, supuestos su concisión y su tono subjetivo, apenas puede colocarse a la par del de su coetáneo Alonso Borregán, dentro del conjunto de cronistas peruanos. Es en efecto con este escritor con quien mayores afinidades presenta el que ahora resurge del olvido. Los hermana la idiosincrasia entre plañidera y desengañada, el sabor de confianza que rezuman sus escritos, la anarquía mental, la rusticidad literaria (aunque López acredita haber leído *La Araucana* que acababa de ver la luz en las prensas madrileñas) y la prosa mazorral, tan reñida con la Gramática como con la sintaxis.

En 1570 el Capitán Pedro López, mesnadero al servicio del Señor de la ciudadela de Florencia, don Hernando de Toledo, obediente al requerimiento de su jefe, evoca en el tranquilo atardecer de su vida y al abrigo del castillo de San Giovanni Battista la sucesión de infortunios y lances novelescos de que fuera protagonista bajo exóticas constelaciones ultramarinas. En forma de apuntes mal hilvanados o de confusas reminiscencias de su peregrinar en las Indias desde 1540, va emborronando pliegos con prosa de ranciedad medieval. Algunas ve-

ces la memoria del veterano no anda muy firme, y en más de una oportunidad sale a relucir la baladronada del soldado agreste, que se pavonea de hazañas que sólo él recuerda. Después de todo, ¿quién le iba a tomar cuentas de estos pecadillos de vanidad?

Ausente de los antiguos repertorios al uso (León Pinelo, Nicolás Antonio, González de Barcia, . . .) y olvidado en los estudios y monografías de índole eurística (Vargas Ugarte, Porras Barrenechea, . . .), esta fuente informativa, cuyo manuscrito ha permanecido sepultado en una biblioteca universitaria norteamericana, se incorpora a partir de este momento al conjunto de testimonios documentales del pasado peruano, y habrá de tomarse necesariamente en consideración a la hora de historiar la batalla de Iñaquito (comp. las noticias de la «Relación» de López con las de Cieza de León en su *Guerra de Quito* y las de Gutiérrez de Santa Clara), de reconstruir los momentos finales de Gonzalo Pizarro después de la rota de Jaquijahuana o de conocer a fondo los eventos que jalonaron la descabellada revuelta acaudillada por Hernández Girón. También el etnógrafo hallará muy curiosas informaciones cuando se proponga indagar sobre las costumbres de algunas tribus colombianas del valle del Magdalena o de ciertos grupos de las comarcas platenses, con las cuales López entró en contacto y que evoca con rasgos de vivaz colorido.

Itinerario del autor

La ruta de nuestro personaje por suelo americano pone de relieve una vez más la inquietud andariega del conquistador español. Arrastrado por el desasosiego que caracteriza a sus contemporáneos, no es fácil reconstruir el itinerario exacto de Pedro López por el vasto escenario de sus trajines. Quedan en su ríspida prosa atisbos de navegación por el Pacífico a lo largo de la costa ecuatoriana y peruana y constancia fehaciente de penosas caminatas por las serranías de la Nueva Granada, del Perú, de los Charcas y por la planicie que se tiende hasta las márgenes del Río de la Plata.

A juzgar por las referencias que revelan conocimiento personal de los lugares, puede aseverarse que puso pie en tierra del Nuevo Mundo en el puerto de Nombre de Dios. Temeroso de las consecuencias de una permanencia dilatada en aquel insalubre lugar, la misma tarde de su llegada fletó un navichuelo, en el que se trasladó prestamente a Cartagena, no sin sufrir persecución de unos piratas. Remontó luego el Magdalena. A despecho del transcurso de los años, recuerda tradiciones y consejas que corrían de boca en boca entre los habitantes de aquellas comarcas. En su navegación por dicha arteria fluvial tuvo oportunidad de conocer Mompós, Tamalameque, Vélez, Bogotá, Neiva y Timaná. Pasó luego a Cali, Popayán, Pasto, Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja, Huancabamba, Cajamarca, donde como cualquier vulgar turista visitó la prisión del Inca Atabalipa, que describe como una «casa redonda como cubo» (=torreón), franqueó el Marañón (o el Utcubamba) por un procedimiento original, Bagua, Moyobamba, Chachapoyas, Huánuco, atravesó el Huallaga mediante una *oroya*,

Jauja, Huancavelica, Huamanga, Cuzco, Cacha (donde contempló los míticos restos del supuesto paso del apóstol San Bartolomé)¹, Chucuito, La Paz, Cochabamba, La Plata, Potosí, baja a Tarapacá en la primera oportunidad, y en otra posterior cruza la puna de Atacama, para alcanzar Santiago, de donde revuelve a Santiago del Estero, Santa Cruz de la Sierra, y finalmente, se alarga hasta el puerto de Buenos Aires. No estamos en condiciones de afirmar si en este mismo trayecto, al regreso del mismo, o en distinta oportunidad, recorrió la costa, desde Santa Elena en el Ecuador, pasando por Paita, Piura, Trujillo, Lima y Cañete.

Esbozo biográfico

¿Qué sabemos de este errabundo cronista?

En vano se buscará su nombre en las obras históricas y en las colecciones documentales concernientes a la Nueva Granada, Perú, Charcas, Chile y las regiones platenses. Peones oscuros como él se contaban por centenares en las milicias colonizadoras, y si nuestro biografiado se ha salvado del olvido, ha sido gracias a este relato de sus andanzas, esmaltado con episodios que frisan en lo increíble, pues como tantos otros contemporáneos, su vida parece emerger bajo el signo de lo azaroso.

Homónimos del personaje que nos ocupa se encuentran sin dificultad. Por lo pronto, en los anales de la Conquista del Perú hay que deslindar su personalidad de la del conspicuo Escribano Mayor de la Nueva Castilla y confidente de Pizarro, Núñez Vela y Gasca, Pedro López de Cazalla (deudo del Príncipe de los cronistas Cieza de León), que aparece con frecuencia en los documentos de entonces, las más de las veces identificado sólo con su nombre y el patronímico.

Para reconstruir la vida azacaneada de nuestro protagonista, es del caso utilizar el procedimiento más eficaz, por ser el más plausible: atender a las declaraciones del propio autor, espigándolas de su relato, aunque no siempre sean fáciles de determinar con exactitud ni la cronología ni la sucesión de los recuerdos que se acumulaban en la memoria un poco vacilante de Pedro López.

Su patria era León. Lo arranca del viejo solar originario el afán «por ver las grandezas y cosas notables» de las tierras indianas, acerca de las cuales corren leyendas sin cuento. En Sevilla se embarca acomodado entre el séquito reclutado por Alonso Luis de Lugo, hijo desnaturalizado del Gobernador de Santa Marta, Pedro Fernández de Lugo, que regresaba al escenario de sus hazañas, ahora investido con el cargo de Adelantado del Nuevo Reino. Los navíos zarparon en Enero de 1540 y tras de sufrir los rigores de un temporal y de recalar en las Canarias, arribaron a Nombre de Dios. De aquí nuestro biografiado se desplazó a Cartagena, y se enroló en la expedición encabezada

1 Cfr. Cieza de León, *Crónica del Perú*, Capítulo XCVIII, y *Señorío de los Incas*. Capítulo V; y Garcilaso, *Comentarios Reales*, Libro V, Capítulo XXII.

por el Capitán Enríquez, cuyo teatro de hazañas fué la comarca del río Magdalena.

En las postrimerías de 1545 se hallaba en Popayán. Allí se alistó entre los tres centenares no cabales de efectivos que Benalcázar proporcionó como refuerzo al Virrey Núñez Vela. Entre los soldados que ya comenzaban a descollar figuraba Francisco Hernández Girón, a quien ocho años más tarde combatiría nuestro personaje, enrolado en el ejército real. López no se libró de la desventurada suerte que corrieron las tropas a las órdenes de Núñez Vela en la llanada del Ñaquito el 18 de Enero de 1546, acontecimiento del cual nos trasmite noticias novedosas. Cayó preso en poder de los rebeldes, pero logró recobrar en breve la libertad, cuando sobrevino la reacción en la ciudad de Quito, con la muerte del Lugarteniente de Pizarro, Pedro de Puelles. Posteriormente, en Noviembre de 1547, se unió al grueso del ejército de Gasca en Jauja, bien en el destacamento que encabezaba el ya citado Hernández Girón, bien entre los 20 ó 25 —entre los cuales figuraba Cieza de León— que al mando de Benalcázar se pusieron a órdenes del enviado del Rey. Asistió a la campaña que culminó en Jaquijahuana, pero sus expectativas de una pingüe recompensa resultaron fallidas, pues nos cuenta mohino cómo a la hora de distribuir los premios el sagaz Presidente Gasca dejó chasqueados a los que nunca habían quebrantado la lealtad, para retribuir con largueza a los tráfugas.

Sin embargo, en el reparto de Huaynarima (Agosto de 1548) figura entre los agraciados un Pedro López, con 200 pesos de renta, pensión que por su parvedad no creemos proporcionada a la figuración del Secretario López de Cazalla². ¿Otro homónimo?

Sea de ello lo que fuere, a fines del mismo año, con el objeto de tentar nuevamente fortuna, sentó plaza en la jornada —la tercera entrada— que Gómez de Alvarado *el mozo*, a la cabeza de 400 hombres y 2,000 indios, realizó a la comarca selvática de Chachapoyas (Departamento de Amazonas). La expedición ayudó al Capitán Luis de Moscoso a dominar los nativos de la región de Moyobamba.

En el segundo semestre de 1549 participó, con otros 120 peones, en las operaciones militares que emprendió el Capitán Rodrigo de Cieza en el gran macizo colombiano, entre Timaná y Popayán. En esa agreste comarca, a estar a sus declaraciones, fué héroe de hechos valerosos, que lo califican como soldado de no vulgares virtudes castrenses. A juzgar por los sucesos que evoca, debió de permanecer en la Nueva Granada hasta 1551, aproximadamente.

De nuevo regresó al Perú, y en el Cuzco se hallaba cuando estalló el alzamiento de Hernández Girón, ocurrido no el 7 de Diciembre de 1556 como su memoria infiel le dicta, sino el Domingo 13 de Noviembre de 1553. López se contaba entre los comensales invitados a su mesa por Alonso (no Francisco) de Loaysa al banquete nupcial «aquella terrible y desventurada noche» (Garcí-

² Loredó, "El reparto de Guaynarima", en *Revista Histórica* (Lima, 1940), XIII, pág. 124.

laso, *Historia General*, Libro VII, Capítulo II) que el caudillo rebelde interrumpió trágicamente, cuando los asistentes al festín se hallaban a los postres, comiendo fruta de sartén. Nuestro biografiado debió de escabullirse entre los prominentes vecinos cuzqueños que consiguieron huir de la ciudad para ponerse a las órdenes de la Audiencia de Lima.

Las noticias que de esta campaña facilita nuestro autor revisten un excepcional interés, por su tono de cosa vivida, y concuerdan no sólo con el relato del Palentino, también partícipe de esas aventuras, sino con el de la curiosa memoria anónima coetánea³. López formó parte del ejército comandado por el General Pablo de Meneses que adoleció de una epidemia en Chíncha. Posteriormente, enrolado entre los 300 hombres a cuyo frente marchaba el Capitán Juan de Saavedra, se dirigió a tomar contacto con las tropas del Mariscal Alonso de Alvarado, que venían a prestar su colaboración a la Audiencia desde Potosí. Intervino en la rota de Chuquina (20 de Mayo de 1554) y fue uno de los pocos que lograron evitar caer en manos de los insurgentes. Volvió luego a participar en la campaña, a las órdenes de los Generales Meneses y Portocarrero, hasta el triunfo concluyente de Pucará (Ayaviri, en el Departamento de Puno). En el curso de estas acciones tuvo oportunidad de habilitar a otro soldado, Juan de Fuentes, con la cantidad de 250 pesos, para adquirir cabalgaduras y armamento. Dió fe del préstamo el escribano Diego Fernández, es decir, el Palentino⁴.

Se radicó en Lima, donde se hallaba en la época del Virrey Marqués de Cañete. Sufrió molestias al vadear el Rímac, todavía antes de que se construyera el primer puente. Conservaba, sin embargo, buen recuerdo de la ciudad, y entre sus remembranzas figura el extraño suceso cuyo protagonista fué Francisco de Herrera, benefactor de la iglesia de La Merced, que en una corrida de toros, perseguido por el cornúpeta, logró franquear un estrecho postigo con su cabalgadura. Pasado el trance angustioso, se advirtió que esta última, con su recado de montar, no podía volver a salir, lo que se tuvo por hecho milagroso. La descripción de Lima, aunque lacónica, merece incluirse entre las muy escasas de entonces, y es la única que conocemos en el lapso que va de Cieza de León a López de Velasco.

En fecha incierta, de todas formas antes de 1559, en que falleció el Gobernador Domingo de Irala, permaneció durante tres meses en Buenos Aires. Hacia 1560 figura entre los 14 ó 15 vecinos que fijaron su residencia en la localidad de Santo Domingo de la Nueva Rioja, pueblo fundado por el Capitán Andrés Manso junto al río Condorillo⁵. El dominico Lizárraga⁶ nos informa

3 Cfr. *Colección de Libros Españoles Raros o Curiosos* (Madrid, 1879), XIII, págs. 199-235.

4 Escritura de 13 de Octubre de 1554. V. *The Harkness Collection* (Washington, 1932), I, pág. 205, documento número 813.

5 Cfr. despachos del Licenciado Matienzo, de 20 de Octubre de 1561, y del Presidente y Oidores de la Audiencia de los Charcas, de 1º de Febrero de 1562, 30 de Octubre de 1564 y 10 de Junio de 1566, en Levillier, *La Audiencia de Charcas* (Madrid, 1918), I, págs. 55, 73 y 135, II, pág. 443.

6 *Descripción breve del Perú ... Capítulo XCIX.*

que cuantos conocían el paraje donde se asentaba el lugarejo, afirmaban que no existía en todo lo conocido de las Indias temple más saludable. A despecho de tan prósperos auspicios, la flamante población no perduró, porque los feroces chiriguanas se encargaron de asolarla⁷.

En Febrero de 1565, vuelve por segunda vez a Chile, ahora en la hueste del General Jerónimo Costilla, a quien destacó el Gobernador García de Castro con la delicada misión de desposeer de su cargo al Capitán General Pedro de Villagrán. Aunque nuestro biografiado asevere que la expedición constaba de medio millar de soldados, lo cierto es que sólo llegaba a dos centenares de hombres. En el curso de la campaña perdió López «al mejor amigo que en aquella partes he tenido», Luis Caldera, que pereció víctima de congelación en la penosa travesía. Se jacta de que gracias a su decisión pudo salvarse de una muerte segura el grueso de las tropas y presume de haber increpado al General Costilla por su temeridad de atravesar el páramo entre los Charcas y Chile en las más adversas condiciones climáticas, que pusieron en riesgo de vida a los expedicionarios. La veracidad de estas fanfarronadas queda muy malparada, cuando averiguamos que Costilla y su cohorte se movilizaron a Chile por la vía marítima, a bordo de dos embarcaciones que zarparon del Callao y que tras de tocar en La Serena, fondearon en Valparaíso al cabo de tres meses⁸. Parece, pues, que todo es un huero desplante de soldado vanaglorioso.

Regresó a España en 1570, a bordo de la misma embarcación en que se restituía a la Metrópoli el Adelantado Alvaro de Mendaña, que acudía a la Corte a interesar la autorización regia para proseguir sus descubrimientos en los mares del Pacífico. De boca de este intrépido navegante recogió Pedro López noticias peregrinas acerca de las costumbres de los isleños del archipiélago de las Salomón, que cuidó de recoger en su relato.

Las huellas de nuestro personaje se pierden en Florencia, donde sentó plaza en las fuerzas al mando del Castellano Hernando de Toledo. Allí pasmaría a los bisonos con hechos y sucesos, verdaderos o fingidos, resultantes de sus seis lustros de andanzas por Indias. ¡Cómo se le llenaría la boca al viejo presuntuoso hilvanando fantasías y realidades, que en su memoria acaso se confundían en un solo haz de recuerdos...

Valor de la «Relación»

La información que suministra la crónica de Pedro López acerca de los eventos ocurridos en el Perú antes de su llegada a él es enmarañada e insegura. Adjudica a Almagro un marquesado ilusorio; imputa a Gonzalo Pizarro la derrota de Almagro *el mozo* en Chupas; afirma que Trujillo lo pobló el Capitán

7 Cfr. despacho de García de Castro, de 7.II.1568, en Levillier, *Gobernantes del Perú* (Madrid, 1921), III, págs. 297-298.

López de Velasco, *Geografía y Descripción Universal de las Indias* (Madrid, 1894), pág. 508.

8 Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, Parte Tercera, Capítulo II, § 8.

Diego de Mora; da por sentado que Benalcázar puso a disposición de Núñez Vela nada menos que un destacamento fuerte de 1.200 soldados, cuando a él le constaba de un modo directo que no había alcanzado ni a la cuarta parte de dicha cantidad. En materia de fechas, el desbarajuste es aún más acentuado: el final de la rebelión de Gonzalo Pizarro lo sitúa en 1551; el comienzo del motín de Hernández Girón, en 1556; la partida de la expedición de Mendaña en 1565. En materia de nombres tampoco anda muy segura la memoria: la enumeración de los magistrados de la Audiencia de la Nueva Granada está llena de equivocaciones; trastrueca al Oidor Licenciado Cianca con el doctor Gregorio González de Cuenca, que nada tuvo que ver con los sucesos de Hernández Girón, pues asumió su curul tres años después de haber sido sofocado el alzamiento. Menos aun de fiar es en materia de geografía: la península de Santa Elena resulta una isla; se confunde la ciudad de La Zarza (Loja) con Piura; San Miguel de la Frontera (Chachapoyas) se llamó en verdad San Juan de la Frontera. Piadosamente le aplicaremos el dicho *Quandoque bonus dormitat Homerus* . . .

Mas no todo es negativo: el testimonio de nuestro autor adquiere valor de cosa vista y gana seguridad cuando nos refiere los postreros instantes de Gonzalo Pizarro y las escenas en que la actitud caballeresca de Diego Centeno alcanza quilates de hidalguía ejemplar, o la captura llena de incidentes del Maestre de Campo Francisco de Carbajal, o los episodios de la campaña de persecución del fugitivo Hernández Girón. Hay en estas páginas del texto de la «Relación» pormenores que no hay porqué poner en tela de duda.

Mas que crónica, el escrito de Pedro López resulta un abigarrado relato de viajes y aventuras, con cierto aire de memorias para deleite y distracción de un magnate en sus ratos de ocio en el Castillo florentino. La estructura del original es dual: una primera parte, ocupada por la descripción corográfica del territorio visitado, en la que se injertan hazañas personales, y una segunda parte, aproximadamente un 25% de la extensión total, con un propósito narrativo de los eventos de la sublevación de Gonzalo Pizarro y de la frustrada intentona de Hernández Girón.

Descripción del original

La crónica está dividida en dos partes. El título de la primera, tomado del encabezamiento del texto, reza: «Esta es una rrelazion hecha de las tierras, hislas, tierra firme del Piru que su magd. tiene conquistadas y pobladas despañoles hasta el año de mill y qui^os y setenta».

La segunda ha sido titulada por el autor: «Relazion del alzamyto de Gonzalo Pizarro y de las guerras que con el marques don Diego de Almagro tuvo».

El texto consiste en un manuscrito en papel delgado, amarillento por el tiempo y deteriorado por la tinta fuertemente ácida que hace ilegibles algunas

páginas, especialmente las comprendidas entre los números 20 al 25, 30 y 93. Consta de 94 hojas escritas por ambos lados, en octavo.

En el catálogo de la Biblioteca Lilly de la Universidad de Indiana, U.S.A., figura colacionado de la manera siguiente: "López, Pero. Autograph Manuscript. Narrative of the closing events of the Conquest of Peru and of the Warfare between Gonzalo Pizarro and the Marquis Almagro. 1570. 8vo, boards."